

Smoky

Un Relato de Muerte,

Exilio y Terror

Andrés Pablo Vaccari

Introducción

Si un tigre entrara en este cuarto, sentiríamos miedo; si sentimos miedo en el sueño, engendramos un tigre. Esta sería la razón visionaria de nuestra alarma. He dicho un tigre, pero como el miedo precede a la aparición improvisada para entenderlo, podemos proyectar el horror sobre una figura cualquiera, que en la vigilia no es necesariamente horrorosa. Un busto de mármol, un sótano, la otra cara de una moneda, un espejo. No hay una sola forma en el universo que no pueda contaminarse de horror.

Jorge Luis

Borges

MARZO-SEPTIEMBRE, 1992

El Carnicero de Wovenly es hoy una nota al pie en las crónicas del crimen y lo macabro.

Supongo que muchos otros sucesos quizás más monstruosos han encontrado un olvido similar. La explicación corriente es que demasiadas cosas horrendas acontecen todo el tiempo y que sufrimos fatiga de horror. Pero yo tengo otra teoría. Yo creo que el horror debe desvanecerse de la memoria para que pueda repetirse. No hay horrores, lo sé, sino un único y eterno Horror, del cual yo tuve meramente la mala fortuna de conocer uno de sus nombres, ver una de sus tantas caras.

Wovenly era un suburbio somnoliento y anónimo, lindante a un área de reservas silvestres al noroeste de Sydney, Australia. Allí vivía yo cuando el Carnicero comenzó su reino de terror, en marzo de 1992. Los ataques ocurrieron en áreas públicas (la parte posterior de un mall, un estacionamiento, una calle expuesta), dentro de un radio de dieciséis kilómetros del Parque Nacional de Green Cove. El asesino operaba con rapidez y exactitud, un proceder metódico que contrastaba con el insólito salvajismo de los asaltos. Catorce víctimas en poco menos de siete meses. Se supo que los cuerpos

eran achurados y eviscerados sin sistematicidad, y que el grado de destrucción era tal que la única manera de identificarlos era por expedientes dentales o el ADN de familiares. Los blancos eran escogidos indiscriminadamente; no había preferencia de género, edad o tipología física, y los cuerpos no mostraban vestigios de asalto sexual. Los asesinos seriales suelen obtener placer de convertir a sus víctimas en objetos, esclavos dúctiles de su voluntad; éste es un rasgo central de la psicopatología sexual del homicidio. No obstante, el Carnicero reducía a sus víctimas no a una cosa, sino a algo inferior. A un montón de fragmentos, una especie de nada.

Hasta fines de junio, poco después del octavo ataque, los detalles más inusuales del caso fueron ocultados del público. La burocracia policial censuró los reportes del Juez de Instrucción, argumentando que la investigación podía ser perjudicada si ciertas particularidades del caso se daban a conocer. De todos modos, los periodistas tenían más que suficiente como para empacharse; de hecho, era difícil extraer alguna narrativa coherente de aquellos inventarios de atrocidades. Y lo más asombroso era la total falta de evidencia; no había testigos ni imágenes de cámaras de seguridad. Nadie oía y veía nada. No había huellas dactilares ni rastros identificables de los que se pudiese obtener la huella genética del agresor.

Habían comenzado a divulgarse historias descabelladas. Algunos residentes de la zona sostenían haber visto una fiera fabulosa rondando las cercanías del Parque Nacional. Hubo quienes describieron a la criatura como una especie de lobo gigante. Otros dijeron que tenía forma humana. Era negro, gris o blanco. Un testigo juró que los ojos de la bestia fulguraban con una luz intolerable, otro dijo que eran como grutas sin fondo. Dos vecinos alegaron independientemente haber visto a un cuadrúpedo enorme y de forma vagamente humana, con cuernos retorcidos, y capaz de alzarse en sus patas traseras.

La policía confiaba con que la patente absurdidad de estos reportes socavaría la credibilidad de los mismos. Entonces, a fines de junio, un reporte sumario del Juez de Instrucción se filtró en su totalidad a la prensa. Era un documento extenso, prácticamente imposible de leer en su totalidad; un catálogo nauseante de mutilaciones, laceraciones, traumatismos y fracturas. Sin embargo, un periodista del *Sydney Morning Herald* reparó en una serie de líneas enterradas entre las capas de detalles y los lanzó a primera plana. Según el reporte, los patólogos forenses habían encontrado numerosas marcas de dientes y garras en los restos de al menos tres de las víctimas. La evidencia apuntaba a un mamífero de proporciones excepcionales.

Aquél fue el momento en que, en la imaginación colectiva, el Carnicero dejó de ser humano. El diario inició una batalla judicial para obtener el resto de los informes, mientras los voceros oficiales adujeron que las hipótesis de los científicos habían sido citadas fuera de contexto.

Wovenly se hundió en un estado de pánico del cual tomaría años recuperarse. Hacia fines de julio la mitad de los residentes en la cercanía del Parque habían abandonado sus viviendas. El terror al Carnicero era sólo uno de los propulsores del éxodo; la verdad es que el suburbio se había transformado en una zona de guerra. Helicópteros vigilaban el área día y noche. Camiones de Operaciones Especiales se habían instalado en las estrechas calles suburbanas. Escuadrones de policías y científicos forenses escudriñaban callejones, parques y jardines en busca de algún indicio del homicida. Los sonidos de botas marchando, helicópteros y la ocasional descarga de armas de fuego se volvieron rutinarios en las noches. Grupos de fanáticos religiosos, cada vez más extensos, acampaban en los bordes de la reserva, convencidos de que ésta era la Bestia que anunciaba el fin del mundo, o cosas similares. En agosto, dos civiles fueron muertos a balazos por equivocación durante un enfrentamiento entre

milicias barriales y el ejército australiano. En otra ocasión un grupo de policías que patrullaba el Parque abrió fuego sobre sombras en movimiento, hiriendo de gravedad a tres miembros de un grupo apocalíptico que merodeaban el lugar.

Los medios eran otra gran fuente de quejas. De hecho, los periodistas superaban en número a las fuerzas de seguridad a razón de tres a uno. Los vehículos de la radio, prensa y televisión, fácilmente distinguibles por sus logos y los platos satelitales en sus techos, habían hecho nido junto a los de la policía y el ejército. Durante las pausas entre las matanzas, hordas de periodistas, presentadores y camarógrafos salían a incrementar la paranoia colectiva. Pubs y restaurantes abrían hasta tarde para acomodar a las muchedumbres de fotógrafos, reporteros, técnicos, presentadores y sus maquilladores.

Durante ese mismo mes de julio, detectives de homicidio entrevistaron a un tal Albert Liam Kobriszki, un plomero desempleado de treinta y siete años de edad, que vivía a un kilómetro del perímetro del Parque Nacional en una propiedad de dos hectáreas que había heredado de su madre. Kobriszki era el dueño de dos Dogos Argentinos blancos, especímenes imponentes de su raza. El comportamiento de Kobriszki era nervioso y despectivo; la literatura en sus estantes consistía en biografías de asesinos seriales, crónicas históricas del Tercer Reich, libros sobre investigación forense y varios subgéneros del ocultismo. Su prontuario policial listaba ofensas menores: posesión de una pequeña cantidad de marihuana y una multa por “exposición sexual” (había orinado en una esquina afuera de un pub). Kobriszki fue puesto bajo vigilancia permanente.

La noche del 6 de agosto, poco después del hallazgo de la duodécima víctima, la policía acudió a la llamada de un vecino que alegaba haber escuchado disparos de un arma de fuego. En una calle cercana al domicilio, el patrullero encontró al Detective Michael Rochester, uno de los oficiales que había entrevistado a Kobriszki el mes

anterior, rondando el borde de Pennant Hills Road. Totalmente desnudo en el frío de fines de invierno, Rochester gritaba incoherencias y disparaba su arma en el aire. El detective fue prontamente arrestado y admitido en el ala psiquiátrica del Hospital Público Green Cove. Aunque mostraba síntomas de trastorno psicótico, se lo diagnosticó víctima de un colapso nervioso. Los archivos de la policía de New South Wales dicen que fue retirado de su cargo el 17 de agosto por “razones de salud”. El incidente mereció una pequeña columna en el *Sydney Morning Herald*, página catorce.

El 4 de septiembre, con la primera luz del amanecer, dos adolescentes entraron al patio delantero de una residencia vacía para tomar la última cerveza de la noche. A primera vista creyeron ver una pila de basura a la derecha de la entrada. Al acercarse, uno de ellos reconoció una mano humana asomando de un revoltijo de cartilago y ropa desgarrada. Todavía fresca, la sangre formaba una mancha que se expandía sobre la tierra, salpicando la fachada blanca de la casa, las flores muertas y las persianas cerradas. —Era como si alguien hubiese explotado —declararía más tarde uno de los jóvenes.

Al llegar, la unidad forense determinó que la víctima había muerto no más de veinte minutos antes.

El ejército y la policía descendieron sobre Wovenly con gran furia y esplendor. Cercaron el suburbio y buscaron calle por calle, casa por casa, mientras que otros grupos se internaban en la reserva. Las fuerzas peinaron la espesura hasta bien entrada la noche.

El monstruo, como era su costumbre, se había evaporado. Al día siguiente los restos fueron oficialmente identificados como pertenecientes a Richard Samad, un importador de vinos que vivía a tres cuadras del lugar del hallazgo. El Juez confirmó que la causa de muerte había sido una falla coronaria; la víctima había muerto

momentos antes que el Carnicero emprendiese su lúgubre labor.

Richard Samad fue la última víctima oficial.

El séptimo día de ese mismo mes, la policía arrestó a Albert Kobriszki, quien caminaba con sus perros alrededor del Parque. Se encontró en el bolsillo de su chaqueta un bollo de papel de diario que contenía restos humanos, luego identificados como la mitad de un hígado y una amígdala en un estado avanzado de putrefacción. Se comprobaría que los restos pertenecían a dos de las víctimas del Carnicero.

Para la tarde del día siguiente los detectives habían obtenido una confesión de noventa y seis páginas que demostraba un íntimo conocimiento de los asesinatos. Las alegaciones de Kobriszki eran espeluznantes. Dijo haber matado de hambre a sus perros y haberlos entrenado para sus incursiones nocturnas en el suburbio. Desde que era niño se había preguntado cómo se sentiría matar a alguien. Y una vez que empezó, no pudo parar. La sangre, dijo, es adictiva. Había hecho el trabajo él mismo. Un golpe seco al pecho o a la cabeza; luego descuartizaba a los cuerpos y dejaba que sus perros acabasen el trabajo. Gozaba inmensamente de la “cacería” como él la describía; se unía espiritualmente con sus perros, perdiéndose a sí mismo como un lobo en la manada, tal como lo habían hecho sus ancestros lejanos, cuando la raza era blanca y pura, antes de que Europa haya sido contaminada por asiáticos, judíos y negros.

A la semana siguiente, Kobriszki condujo a los detectives a través del Parque Nacional, localizando una serie de lugares donde había enterrado los souvenirs de sus crímenes.

Las siguientes tres semanas transcurrieron sin incidentes; y éste, más que ningún otro, fue el hecho que selló la culpabilidad de Kobriszki. Pasó un mes, un mes y medio, dos meses y no hubo más indicios del Carnicero; parecía que la ola de asesinatos había llegado a su fin.

El juicio fue eficiente y oportunamente cubierto por los medios, los cuales súbitamente se habían olvidado de todos esos hombres-lobo y seres cornudos. Kobriszki fue un colaborador entusiasta en el proceso de su propia condena. Interrumpía regularmente los procedimientos para gritar obscenidades racistas o advertencias apocalípticas, cayéndole antipático al juez, al jurado e incluso a su propio equipo de defensa. No hubo ni un murmullo de disenso en la opinión pública. Analistas discursaron sobre las causas de la violencia y las enfermedades espirituales de la civilización. Políticos conservadores exigieron la reintroducción de la pena de muerte. Hubo un especial de *60 minutes*, incluyendo una entrevista exclusiva con Kobriszki. Varias editoriales le hicieron ofertas para libros y derechos para adaptaciones al cine. Luego, el interés amainó y los medios, saciados, sepultaron la historia. No se le podía pedir a un público de fines del siglo XX que sostuviera la atención por más de una semana. Y los quince minutos de fama del Carnicero ya habían durado siete meses.

El 21 de diciembre de 1992, Kobriszki fue condenado a cadena perpetua (con la condición de “nunca ser liberado”) por cuatro de los asesinatos, todo lo que se pudo probar. Al culpable se lo veía contento con el veredicto. Declaró más tarde a la prensa: —La prisión no será muy diferente de mi vida hasta ahora. Pero extrañaré a mis perros.

En el frenesí general, demasiadas preguntas quedaron flotando sin respuestas y objeciones importantes fueron barridas bajo la alfombra. Esto se debe en parte a la habilidad del equipo de acusación, pero también a la avasallante cantidad de evidencia, la cual podía acomodarse a diversas teorías; pese a esto, en el peor de los casos la evidencia involucraba a Kobriszki sólo circunstancialmente. En otras ocasiones el testimonio del acusado no cuadraba con las pruebas; había contradicciones, imprecisión sobre muchos de los detalles. La unidad policial a cargo de su vigilancia reportó haberlo visto en su propiedad en las horas durante las cuales dos de los asesinatos habían

ocurrido. Se puede mencionar también la falta de informes de testigos. Kobriszki era un hombre llamativo: alto, un adicto al gimnasio, con cabeza afeitada, que vestía ropa oscura y prendas militares. Tal figura paseando con dos Dogos blancos no podía dejar de llamar la atención, y no era probable que hubiese escapado de la vigilancia policial.

Por último, estaba el asunto de los perros. Privar de comida y entrenar perros para desmembrar cadáveres humanos no es tan fácil como suena, y los mastines de Kobriszki eran bastante apacibles cuando su dueño no estaba alrededor.

Hay que admitir que el perfil de de Kobriszki era sugerente. Había nacido en Checoslovaquia y emigrado a Australia con su familia a los cuatro años. Sus padres nunca aprendieron inglés, y su niñez había sido solitaria y desprovista de afecto. Su padre había sido un sobreviviente de los campos de trabajo forzado del régimen comunista; en Australia se convirtió en un alcohólico melancólico, estancado en un trabajo nocturno limpiando baños de estaciones de tren. Sus arranques de rabia eran propensos a transformarse en golpes que descargaba sobre su mujer e hijo. Una noche, el padre fue atropellado por un coche luego de una borrachera y falleció en camino al hospital. Recayó en Kobriszki la responsabilidad de cuidar a una madre frágil y cada día más dependiente de él. El joven se aisló y desarrolló una mórbida vida interior. Durante el juicio se dio a conocer algo de los contenidos de sus diarios, fragmentos detallando fantasías sádicas de asesinato y violación.

Hasta ahí el cuadro era prometedor; no obstante, otras cosas no encajaban. Por empezar, Kobriszki fue declarado mentalmente capaz de ser sometido a juicio. Más que retraído y sociópata, el acusado era un petulante que disfrutaba de la atención de los medios. Sus amenazas e insultos eran teatrales, parte de un guión que había ensayado en su cabeza durante años. Incluso sus fantasías sonaban de segunda mano, el resultado del consumo excesivo de pornografía y slasher films.

Yo creo que, más que nada, Kobriszki fue declarado culpable porque nadie quería contemplar la alternativa: si él no lo había hecho, ¿quién? ¿Y dónde estaba él, ella, eso, lo que fuere? ¿Podía semejante monstruosidad simplemente desvanecerse? ¿O había estado y seguiría estando siempre aquí, entre nosotros?

No había tiempo de detenerse a reflexionar. Era el año 1992 y las hazañas del Carnicero habían sido una onda ínfima en un inmensurable océano de horror:

El 17 de febrero de ese mismo año una corte en Wisconsin, en Estados Unidos, sentenció a Jeffrey Dahmer a cadena perpetua por el asesinato de quince hombres. Dahmer seducía a jóvenes negros y los llevaba a su departamento, donde los sometía para luego practicar canibalismo y necrofilia. Mientras estaban aún vivos, Dahmer cortaba secciones de sus cráneos y vertía varios productos químicos en las cavidades de sus cerebros, intentando crear obedientes zombis sexuales.

El 17 de marzo, un coche-bomba explotó delante de la embajada israelí en Buenos Aires, matando a veintinueve personas y dejando más de doscientos heridos.

El 10 de abril, el Ejército Revolucionario Irlandés plantó una bomba en el Baltic Exchange de Londres. El ataque acabó con tres vidas, y noventa y un personas resultaron heridas de gravedad.

El 29 de abril, en Los Ángeles, California, fueron absueltos los oficiales de policía acusados de administrar una brutal paliza a Rodney King, un ciudadano negro que había cometido una infracción de tránsito. El veredicto desató una reacción que culminó en extensos saqueos y violencia, conocida como los Disturbios de Los Ángeles.

En mayo, en una prisión peruana, la policía exterminó a casi treinta personas en el proceso de recobrar un bloque de celdas ocupadas por Sendero Luminoso.

El primer día de junio, el mítico terrorista venezolano Illich Ramírez Sánchez (más conocido como Carlos El Chacal) fue sentenciado en Francia por su rol en una

larga y notoria serie de atentados y asesinatos.

El 2 de octubre, la policía militar brasilera aplastó brutalmente una rebelión en la prisión de Carandirú, la más grande del Brasil. Las fuerzas abrieron fuego indistintamente y mataron a ciento once prisioneros.

El 15 de octubre, el asesino serial ruso Andrei Chikatilo fue condenado a muerte después de ser encontrado culpable de más de cincuenta asesinatos implicando canibalismo y mutilación sexual.

El 24 de noviembre, un vuelo de China Southern Airlines que llevaba ciento cuarenta y un pasajeros se estrelló en China. No hubo sobrevivientes.

En Somalia, una época de caos político e intensa guerra civil desencadenó una hambruna de vastas proporciones que diezmó la población del país.

En diciembre, Bosnia y Herzegovina declararon su independencia de Yugoslavia. Los serbios sitiaron Sarajevo y, con la ayuda del ejército federal, emprendieron una campaña de limpieza étnica contra la población musulmana. Entre 1992 y 1995, un cuarto de millón de personas murió en las guerras y masacres que siguieron.

La memoria del Carnicero de Wovenly se ahogó en el barullo de la historia, y ahora lleva una difusa vida virtual en la compañía de abducciones alienígenas, cultos satánicos y apariciones de la Virgen. A veces me pregunto si yo soy el último que recuerda. Los demás me han dejado; los que me rodeaban entonces, los que recordaban conmigo. Wovenly, la Wovenly que yo conocí, ha desaparecido. Las fachadas de ladrillo falso, las calles pulcras y céspedes esponjosos han dado lugar a una colmena de barrios-fortalezas que hoy yacen abandonados. No queda nada ahora salvo paredes interminables, cámaras de seguridad ciegas y pastizales calcinados por el sol inhumano de mediados de siglo. El lugar es diferente en mi memoria: próspero, acogedor, seguro

de sí mismo. Lleno de sueños y miedos ordinarios.

Mientras, yo jamás he podido olvidar la cara del verdadero Carnicero. Su identidad es un enigma que se enmaraña con otros enigmas; y en alguna parte de ese tejido oscuro, esbozado en el patrón de sus hilos de carne y sombra, creo reconocer también mi rostro. Veo también otros rostros entrelazados con el mío, rostros ancestrales y futuros, rostros familiares y extraños. Veo la cara del Capitán, que es en parte también la mía. Pero por sobre todo veo a Smoky, la noche acuosa de su mirada.

Quizás hubo un comienzo, sí, pero ahora la única opción es continuar.

Mi nombre es Ramiro Sebastián Palissy.

Soy argentino...